

# PANORAMA

## 12

### HITLER O EL ODIIO

ESTE gran hombre es austriaco, y lo será toda su vida. El hecho de nacer en el antiguo Imperio de los Hapsburgos no constituye una nacionalidad, pero deja, eso sí, una marca indeleble de familia, de la cual no se podrá renegar. Este gran hombre, el actual amo de un país que no es el suyo, osa parangonarse con Bismarck y Federico de Prusia, pero no lo reconocerían el uno ni el otro. Existe más bien un parentesco entre él y Francisco de Austria, el suegro de Napoleón y cómitre de la fortaleza de Spielberg. Aquél encerraba allí a los liberales patriotas de su tiempo, ya fueran italianos, alemanes o eslavos. No amaba a ninguna de las poblaciones de lenguas diversas vivientes bajo su cetro; y aun vemos su figura larga y triste que aborrecía al género humano. Los hombres no parecíanle tolerables sino a condición de dejarse someter al dominio embrutecedor y siniestro de su casa.

Con Carlos V y Felipe II ocurrió algo semejante, pero en grande. No se trataba entonces de una parte del Este de Europa, sino de un continente entero que someter a los pies de los Hapsburgos. Desgraciadamente perdieron la partida no sólo una vez. Muchos adversarios de esta casa monstruosa debieron caer; desde luego, el Rey de Francia, Enrique IV, aquel príncipe precursor de esa Europa libremente unida de nuestros pensamientos. Si su gran aspiración no hubiese fracasado con su muerte, los Hapsburgos habrían desaparecido.

En realidad, esta pesadilla retiróse lentamente, abandonando sus presas una a una: Flandes, España, Alemania e Italia. Lamentablemente reducidos, sumando derrota tras derrota, arrojados en algunas provincias mal abastecidas, no produciendo

Por

H E I N R I C H M A N N

do sino miembros podridos y mediocres, la casa de los Hapsburgos no renunció por eso a sus pretensiones ni a sus métodos. El derecho divino y la baja policía, una al servicio del otro.

Esta monarquía habíase prolongado, aprovechando los celos nacionales de sus poblaciones, que las hacía vigilarse y subyugarse entre ellas mismas. Durante la guerra de 1914, los checos no tuvieron peores enemigos que los regimientos húngaros que se condujeron en su territorio como en país conquistado, mientras que espías de la *police* encargábanse de fomentar allí la desconfianza y la inquietud. No hay más que leer la cómica y cruel historia del bravo soldado Chveik, escrita por el checo Hasch.

Aun en tiempo de paz se han visto estallar extrañas pasiones de odio en Austria. Una de las más famosas fue el movimiento antisemita, perpetrado en 1900, y que desbordaba ya de las mismas reivindicaciones y de las huecas teorías que mucho más tarde y en condiciones favorables debían surtir pleno efecto en Alemania. En una edad menos irritable y menos estúpida no se ha podido calcular su funesto alcance.

Un despotismo milenario había dejado en los súbditos de los Hapsburgos huellas que tienden hoy a desaparecer. La crueldad penetra allí con una cierta facilidad de olvido y una gran capacidad de goce. No se goza verdaderamente si no en las viejas servidumbres, pues allí la vida es fácil. Pero una superficie de escepticismo y de alegría

esconde, más a menudo que antes, seres secretos y arteros; y es el mismo hecho de haberlos convencido de la inutilidad de todo esfuerzo generoso el que los vuelve simpáticos a quien no los profundece.

Hay razón para amar a los austriacos por sus dones artísticos, pero la farsa que está en su base traiciona al hombre, consolándose de las realidades, apoderándose de la vida a costa de su semejanza, aliviando una existencia que le pesaría demasiado divirtiéndose. Muchos de los austriacos más conocidos fueron comediantes, no hay que olvidarlo. La naturaleza de los nativos de aquellos países parece más persuasiva, pero más engañosa también. Descontando algunos hombres de verdadero valer, tanto pensadores como artistas, el austriaco, formado por un reino inmutable y corruptor, debía sembrar gérmenes malsanos donde llevase su actividad.

La república alemana ha tenido demasiados austriacos; es una de las causas de su pérdida. Introdujéronse en los partidos, en la prensa y en los negocios, disolviéndolo todo con sus tendencias innatas de conformismo y de habilidad, indiferentes a los principios o a la honradez. Todos se ayudaban. Un debutante austriaco, recién llegado a Berlín, recorría durante quince días los cafés vieneses de esa capital, para medir su seriedad, más que rígida, y después de haber entablado relaciones con sus compatriotas entraba indistintamente a casa de M. Hugenberg o de los Ullstein.

Escribían a diestro y siniestro, eran jefes de partidos y ministros, siempre sin convicciones sólidas, siempre dispuestos a las retiradas y a la infidencia, el corazón ligero y la ambición despierta. ¿Alemania? ¿La república? Para ellos no era sino ocasiones, puesto que en Viena no había suficientes puestos para todos. Sin relaciones verdaderas en el país, no eran los más apropiados para combatir con encarnizamiento por el régimen político y social que se había dado a este pueblo y por ayudar a una viviente democracia en formación, pero que apenas comprendían. Los austriacos, demasiado numerosos, en situaciones delicadas, fanfarrones brillantes y hombres de un comercio agradable, contribuyeron mucho a disgregar aquel Estado ya débil.

#### *El cesante por naturaleza*

Este gran hombre, de origen austriaco, se ha apoderado de Alemania de la misma manera que sus compatriotas, aventajándolos a todos en ambición. Pero la suya era también fortuita y se amoldaba a las circunstancias. Artista como los otros, no se contentó con ser pintor de murallas; hizo cuadros y los envió al jurado, que los rechazó. Algunos miembros del jurado se arrepienten amargamente ahora que él ha triunfado en un distinto plano. En sus manos estuvo el que hubiese sido un simple fracasado en vez de un dictador.

Por otra parte, el destino habría podido llevarlo a servir a la república, y a labrarse una si-

tuación elevada entre tantos de su especie. Pero perdió la oportunidad. Nadie vió entonces esa excelente voluntad de hombre bueno para todo, en búsqueda de cualquier brecha que abrir. Le dejaron fuera, tascando el freno; era una cuestión de relaciones útiles que, en un momento dado, debieron necesitar. Fue también por culpa de esa jerarquía de sindicatos y de partidos obreros, donde había que resignarse a ascender, grado por grado, trabajando de una manera normal.

Además, este gran hombre no había nacido trabajador. Era el cesante por naturaleza. Y no debe haber ejercido su honrado oficio sino cerca de los veinte años. Sobrevino la guerra, seguida de la revolución, y de un corto espacio, donde se pudo elegir entre la adaptación y la rebelión. Este gran hombre no tenía ciertamente un temperamento de rebelde; tenía el del cesante que, sin embargo, ¡no puede dejar los placeres de la vida! Junto con algunos camaradas, como él, inmovilizados e inepetos a causa de la guerra para una vida laboriosa, sin benevolencia para con los obreros, sus semejantes, los cuales veían en el nuevo régimen la única oportunidad de liberación y de ascensión, contemplaba el derrumbe de la república.

No obstante, enrolóse en la armada republicana, y en el acto sirvió de espía en el centro del movimiento llamado más tarde hitleriano, que en aquel entonces estaba sólo en sus temerosos comienzos. Privados de las ventajas de una colaboración que seguramente no hubiesen rechazado a condición de quedar exentos de un trabajo regular, algunos descontentos chillaban en los restaurantes de Munich, molestando a los clientes. Había entonces siete, contando al gran hombre, que los espía. Era la miseria después de una juventud casi burguesa. De todos modos, era necesario remediar allí muchas cosas. Tenían en un principio sus rencores, sus esperanzas fallidas y sus apetitos insaciables. En segundo lugar, estaban convencidos de que, después de todo, aquel régimen era vulnerable. Habíase comprometido demasiado con sus enemigos después de una derrota militar. Los siete ganapanes lucubrarón en su pequeño rincón, que bastaría palpar con brutalidad la herida hecha en la vanidad a una nación, para que ésta se abriese de nuevo. Quién sabe qué de bellos proyectos se hicieron. El gran hombre olvidó fácilmente su calidad de espía de la república.

No obstante, es inadmisibles que hubiese meditado en aquella época la caída de la república o el levantamiento militar o la salvación del sistema capitalista, que no se necesitó antes de él. No, pero su concepción inicial fue enteramente negativa, la que no varió, ni cuando dispuso más tarde de una armada y de subsidios fantásticos. Todo aquello fue como siempre, el instrumento al servicio de instintos destructores y de deseos que no habían satisfecho el orden establecido.

El mismo odio, que era la base de la personalidad y del movimiento que iba a estallar, fue cobarde y mezquino. Creció y llegó a ser magnífico, digno de este hombre, en el curso de su acción,

que no consistió sino en discursos. Ascendió denigrando a los demás y exaltándose ante veinte personas, y menos a veces. Cuando osó, no sin graves aprensiones, arrendar una sala más espaciosa, ganó de golpe cuatrocientos auditores, después dos mil, y así comenzó su fama.

La mereció por su real talento de orador, que consistía en decir cualquier cosa de una manera persuasiva, dramática, sin escrúpulos en cuanto a los medios para reforzar los efectos, siempre que se renovasen cada tarde. El melodrama es bueno cuando Margot llora, y lloraba realmente a lágrima viva al oírlo. Pero veía también a sus pies a viejos profesores de la Universidad de Munich, que iban a escuchar por curiosidad a ese iletrado, y que se sentían sobrecogidos ante aquella fuerza insospechada, hasta el punto de salir con las mejillas inundadas.

Es que, sin darse cuenta, había elegido su punto de partida. Munich es, en efecto, un medio neurotizado por el comercio secular con artistas de toda especie, los que toman una exagerada importancia en esta ciudad, que no se ocupa de asuntos de mayor envergadura. El histerismo alcanza a personas que, en otra parte, no pasarían de ser sino unos simples almaceneros. Toda la población muéstrase curiosamente sujeta a la farsa y a los excesos imaginativos, conservando, por otra parte, la reciedumbre y la rudeza de los antiguos paisanos. Esto produce de tiempo en tiempo accesos de un salvajismo muy particular, gracias a lo cual tienen los charlatanes espléndidas oportunidades. Y no hacen falta, puesto que cuentan allí con miles de artistas fracasados.

Pero el gran hombre debió agitarse durante diez años para conquistar la Alemania, después de haberse enseñoreado en Munich. Evoluciones sociales y psicológicas que no le pasaron inadvertidas, hicieron que Alemania absorbiese y superara más y más las disposiciones mentales endémicas de Munich. Era el momento supremo para un seductor de turbas, que se seducen, como a las mujeres, por el sexo.

#### *Los instintos morbosos del gran hombre*

Todo el mundo lo ha oído, puesto que dispone de la radiodifusión. Debuta con una voz inculca, de inflexiones arrabaleras, monótona, a pesar de lo amenazante. Pero pronto elévanse sus acentos al diapasón del drama vulgar, de los arrebatos canallescos, gritando, quebrándose de ira, en fin, vomitando todo; y entonces aparece el energúmeno, desnudo como una Venus salida de las aguas de una alcantarilla, exhibiendo sin pudor sus taras que, aparentemente, son otros tantos llamados a los instintos de la turba. Es la mala mujer que se hace amar desnudando sus pasiones inconfesables y que se desenmascara crudamente. Sobre todo, ella no se olvidará jamás de entremezclarlas con las notas lacrimosas de la comedia de baja estofa que dice a sus víctimas: *¡nos persiguen!*

Al final de sus discursos, muchos auditores preguntanse ofuscados, si no hospitalizarán después

a aquel epiléptico. Los médicos, siempre que les prometan no encerrarlos en un calabozo por sus diagnósticos, hablarán de manía de persecución, y viendo obrar a este gran hombre todopoderoso, lo calificarán de perseguido persecutor. Pero el orador, mientras violenta a las turbas y las viola, procura al mismo tiempo un placer digno de todas sus sensaciones de artista rezagado, exacerbado, que, inepto para crear, no ha podido producirse sino presentándose desnudo ante el mundo que no lo necesitaba, ofreciendo su personalidad con todo lo que, normalmente, debería ocultar.

Salto hacia atrás, sobrecompensaciones, complejos, todo el vocabulario freudiano cabe en su personalidad; y admitiendo la inconsciencia del gran hombre, muchos de sus adeptos saben perfectamente a qué atenerse. Parécenos que él mismo y su espléndido movimiento coronado de éxito forman parte de regiones equívocas del ser, que sería peligroso aclarar. Es bajo estos aspectos como hay que ver su odio feroz al análisis y a toda la literatura que nos ha nutrido. He ahí en qué se funda la adoración por este gran hombre que sienten algunos contemporáneos caídos en lo irracional, donde se revuelcan a gusto.

#### *Al poder por la corrupción*

Fue elevado al poder, a pesar suyo, atraído por hombres que arriesgaron todo para cubrir enormes malversaciones. Un negocio de corrupción lo ha convertido en el cruel amo de un país que habría codiciado en vano. Se debe también a su miedo a la prisión. Pues tenía que elegir entre ser arrestado por el general Schleicher o dejar obrar a los que lo nombraron Canciller. Ya en 1923, después de una primera tentativa de sublevación, dió prueba de una insigne cobardía, permitida solamente a un personaje para quien están reservadas muchas otras villanías.

Un poder sin control, sobre todo sin su propia observación, permitióle por fin tomar vuelo, y siguió así un estado de cosas desorientador en el primer momento. Los orígenes del dictador lo explican con claridad. Alemania no había conocido aún ese meticuloso espionaje de las opiniones ni esa policía dispuesta a no respetar la vida privada de los contribuyentes. Las persecuciones no nos eran familiares; habíamos estado protegidos, aun bajo el imperio, por el prestigio de los derechos. Puede decirse que el Estado alemán había sido duro sin haber echado mano, por eso, a la crueldad reflexiva ni al odio.

Todo aquello fué la herencia de la monarquía de los Hapsburgos. Azuzaron éstos las poblaciones alemanas y húngaras contra los eslavos e italianos, y del mismo modo se sirve de los partidos de Alemania este gran hombre, sucesor de los Hapsburgos. El odio de razas como sistema gubernamental era desconocido en el país de Federico, librepensador, y de Bismarck, imbuído en las ideas liberales. El antisemitismo no perdía allí su aire vergonzoso, malhadado. Esperó a este gran hombre para legalizarse y salir al sol.

Agregada a la opresión el placer de un solo individuo, un absolutismo del que ningún príncipe alemán dió jamás idea. En este punto, como lo confiesan sus adeptos, el tercer régimen es idéntico a la persona del amo. Desaparecido él, nadie pensará más en su imperio; así le ocurrió a Francisco José. Veinte años antes de que éste muriera, asegurábase ya que después de él no había más Austria. No olvidemos decir que el viejo emperador habíase convertido en un buen hombre que ya no abusaba. El que la libertad reclame sus tradiciones, no impide que la opresión tenga las suyas, y la fuente se halla para la Europa entera, en la Hofburg de Viena.

La Italia no ha hecho sino recurrir, para embromar a los italianos, a los métodos que, en otro tiempo, enseñó la dominación austriaca. Pero es Alemania la que ha hallado el auténtico amo austriaco, y jamás se doblegará tanto. Celebra los signos de servidumbre y hace lo imposible por resucitarlos en honor de este gran hombre que, por muchos lados, parece arcaico.

Para someterse mejor, Alemania ha llegado a aceptar austriacismos de los que, hasta ahora, se había burlado: el egotismo falsamente artístico del personaje, sus mentiras, su farsa y su sentimentalismo que no teme hablar, ante el espantado universo, "de apoyarse en la tumba de sus padres". Donde deben haberse reído mucho es en Viena. Lo conocen allí demasiado íntimamente para dejarse arrastrar por sus encantos, y esa resistencia que la pequeña Austria, juiciosa y advertida, opone a su empresa, no es sino una rebelión de familia.

Ocupado únicamente de su personalidad, más tarde ilustre, este gran hombre había desdeñado siempre todo aprendizaje y persiste en ello. Es todavía el cesante impenitente de los pequeños cabarets de Munich, que aguardaba la ocasión de salir adelante, sin embarazarse con ningún principio, doctrina ni estudio profundo. Estad seguros de que jamás ha leído a Marx. Si el marxismo estuviese de moda, sería su primer promotor. Está persuadido de que las ideas nada valen en sí mismas, y que no es en el agitador espiritual en quien recae el honor, sino en el agitador que las presenta exhibiéndose. Insiste en ello en sus memorias, escritas antes de los cuarenta años y donde la Alemania, su decadencia y su reconstrucción, no entran sino como accesorios de su propia importancia.

Sólo gracias a él su país de adopción tiene derecho a todas las prerrogativas y también a precipitar su ruina, no sin provocar muchas otras. Con la condición de verse todos los días a la cabeza de demostraciones y paradas, no se preocupa del porvenir de la nación en que domina. No se explica de otro modo esa inconsciencia del gran hombre, cuyos hechos y gestos salen al encuentro de sus afirmaciones. Pues al fin y al cabo él es el gran vencedor teórico del marxismo, que aumenta a costa de destituciones y encarcelamientos, por no hablar de asesinatos. Pero es él también quien acaba de inaugurar la era de las expropiaciones. Por orden suya confíscanse las cuentas de banco,

ocúpanse las casas de los sindicatos obreros y las de personajes conocidos de la izquierda. Se penetra allí para apoderarse de los automóviles y para quemar las bibliotecas, tanto públicas como privadas. El pillaje se ha convertido en una institución.

En los campos de concentración no se encierra sino a los marxistas. Hay entre los prisioneros simples comerciantes culpables de haber vendido la mantequilla a su justo precio, y muchos de los sacrosantos industriales les hacen también compañía. ¿Con qué derecho un defensor de la sociedad capitalista cierra los bares y obliga a la gente a iniciar empresas que más tarde le serán funestas? llevará a la bancarrota, acompañadas de otras que caerán con ellas, a muchas casas judías, y a pesar de todo perdurará aún él como el salvador del capitalismo. Amontónanse los suicidas, y el país se trueca en un campo de batalla oscuro y clandestino. Está a punto de promover, no obstante la "revolución" nacional y grandilocuente, una verdadera revolución: la marxista. Ha entrado allí sin que él se dé cuenta.

En las alturas donde se agita este gran hombre, se jacta de destruir el marxismo, y, habiéndolo destruído, de perseguirlo todavía. Pero reaparece. La verdad es que, sin él, no habría marxismo en Alemania. Estaba adormecido bajo la república. Levantóse al grito racista de "Alemania, despierta". No dormirá más. Vivirá gracias a la actividad de los que piensan sepultarlo, y sus propias violencias empujarán su éxito.

No existe en el espíritu de este gran hombre la facultad de distinguir entre las ideas y los hombres. Teniendo a los hombres tras los hierros de un presidio, cree que ha terminado con los ideas. Para él, todo el potencial del espíritu se reduce a un orador en posesión de su auditorio. Por lo tanto, es menester que el orador esté en libertad; y ya que es él mismo y no el comunista quien disfruta de ella, el asunto le parece resuelto en definitiva.

Además, este pasmoso revolucionario, enseñoreado por fin en la gloria y la prosperidad, decidió con suma autoridad que, por tales razones, la revolución había terminado. Y sus partidarios, cuya opinión difiere de la suya, son tratados como simples marxistas. Jamás habíase visto esto, el fin de una revolución por un decreto. No tiene la menor idea de que comenzó ésta mucho antes que él en 1914, y que continuará después de sus días hasta 1940, probablemente. Irá exasperándose, siendo cada vez más sangrienta. Y será él entonces el único culpable de los excesos que acarrearán sus abusos. Desde luego, puede asegurarse que se sustraerá a toda responsabilidad. Cuando llegue la hora de las sanciones, habrá partido ya en avión. Este gran hombre no es, por nada del mundo, un ferviente partidario de la locomoción terrestre.

Como es natural, no comprende el papel absolutamente transitorio que le ha impartido la historia. En su libro hállanse pasajes de sorprendente inconsciencia. Escribe: "aquellos hombres inútiles a quienes el azar confiere un poder efímero, no se

saciarán nunca de ensuciar el pasado, poniéndose al abrigo de la crítica con medidas arbitrarias". ¿Entonces sabe? ¿Se juzga? Pero no; aquí se trata del pobre Ebert que, por cierto, no se había creído el hombre del destino. Era más bien la suerte quien lo había designado. En revancha, su sistema nervioso estaba sano, había trabajado toda su vida y era alemán. Además, no debíamos temer una guerra con él.

### *La religión del odio*

He aquí el argumento sin réplica del gran hombre. El honor de un país exige que se haga temer. Es traicionar, prometer una paz repleta de amenazas. ¡Hay que gritar a voz en cuello que se quiere pelear, o si no se es traidor! "Los marxistas no renunciarán a la traición, como las hienas a los cadáveres". Lo que significa simplemente: no hacer nada para que la guerra sobrevenga. Este axioma, muy del gusto del gran hombre, está designado, como otros más belicosos, a designarlo sucesor de Federico y de Bismarck. No obstante, éstos habían provocado deliberadamente y con fines determinados, guerras evitables, pero reales. El no sabe si podrá promover una algún día; no conoce ni la extensión de esta guerra ni las ventajas que podrían sacarse de ella. No está seguro ni de los adversarios que tendrá.

Lo importante es hablar de ella y mantener el peligro, lejano o inminente. Un día es el rearme inmediato e integral, y otro la inquietud por los persecutores que no se nombran, pero, quede bien entendido, que "nos persiguen", lo que no había ocurrido desde hace catorce años. Antes de él, la atmósfera de Europa estaba, en suma, tan en calma que aburría. El ha descubierto el medio de volverla tempestuosa sin combatir, declinando toda responsabilidad en lo que se refiere al alcance de sus discursos.

Las emociones que se da este gran hombre son violentas y no lo obligan a nada. Las que provoca en sus públicos, est; n seguras de perdurar y de sacar consecuencias. Por lo demás, todo público, una vez engañado, se vuelve más sincero que el mejor de los comediantes, que se preocupa de su técnica. Este gran hombre ha absorbido la comedia hasta el punto, que uno se pregunta si es el verdadero canciller o representa tan sólo su papel. Su conciencia íntima debe presentarle algún conductor de pueblos ya conocido a quien no hay más que resucitar para obtener efectos que no fracasen.

Sus instintos de artista encuéntranse satisfechos. Por otra parte, necesita el peligro de guerra para permanecer en el poder. No habría ninguna razón de que lo ostentase, si el país no estuviera empeñado, gracias a él y a su movimiento, en una revancha después de una derrota inolvidable y que no se puede digerir. Es el solo significado admisible de una revolución llamada nacional. Matando y persiguiendo compatriotas en vez de enemigos, se hace la ilusión de haber vencido; y este gran hombre, por haberlos llevado a triunfos imaginarios y a auténticos excesos, es festejado por

esos infelices como si hubiera ganado cien batallas. Ha obtenido la adoración de un pueblo al más vil precio, y la gloria repudia un renombre tan hábilmente escamoteado.

Un mundo fatigado de conflictos y de crisis, concedió a este gran hombre la suprema destreza diplomática, porque un día, por gran excepción, consintió prudentemente en la paz del mundo. Sus declaraciones tan sólo accidentales pueden cambiar la opinión de muchos, no la suya.

El sabe a lo que debe volver y conoce las paciones que le entregan el país. Si se le creyese sincero partidario de Ginebra, en el acto estaría perdido. Pero aquel mismo día convocó también a su parlamento de comparsas para afirmarle todo lo contrario, para anunciar todas sus reivindicaciones con más temeridad que nunca. Un aviso imperativo y paternal, venido de Roma, lo obligó a proferir palabras de una suavidad imprevista, pero que los asistentes estimaron en su justo valor.

Hizo un gran esfuerzo: conminó a su pueblo de adoradores a la calma y, en efecto, se estuvieron quietos. Inclinandose ante sus promesas pacíficas, lo aclamaron, furiosamente, como si les hubiese leído una declaración de guerra. Este gran hombre ha alcanzado un prestigio en el que las palabras no tienen importancia, y lo conserva porque se sirve de él. Podría haberse callado durante aquella sesión, o haber ido a los lavabos. A su vuelta lo habrían aclamado igualmente.

El puede permitírsele todo, y sin quererlo, pues lo han forzado a ello. Yendo contra la evidencia y contradiciéndose sin descanso, libre de todo principio regulador, hace desfallecer los corazones, ya que no puede exaltar los cerebros. Oídlo hablar de catorce años de luchas intestinas—provocadas por él mismo—y del levantamiento nacional, que ha dado a Alemania la paz—la del cementerio y la del cadalso—. Oídlo cómo se proclama amigo de los obreros, después de haberlos despojado y reducido; o emitiendo incongruencias sobre la raza pura, aria y alemana, que, sola, habría realizado grandes conquistas intelectuales, cuando, justamente, acaba él mismo de expulsar a los eruditos judíos, a quienes se las debía. Admiradlo haciendo frases sobre esa epidemia de suicidios, de la que es él el único autor. Vedlo robar desatinadamente ideas bolcheviques, fascistas o republicanas, sin comprenderlas, y desvalorizándolas. ¡Qué vergüenza prometer a las mujeres alemanas una existencia tranquila, exclusivamente familiar, fuera de todas las condiciones de la vida real!

Que lo crean o no, da lo mismo. Pues se trata únicamente del movimiento oratorio o de cualquier otra especie. En eso consiste el famoso dinamismo. Las mentiras cobran vida, puesto que se reconocen como nacionales y se defienden hasta la muerte.

Este gran hombre apareció en un momento propicio, y la grandeza le fue atribuida por una nación que, al no ver y escuchar a otro, creyó haber hallado en él al que esperaba. Por eso exagera con toda libertad su histerismo, y una de sus cualidades es ser histérico, como lo son también el ignorar la mayor parte de las cosas más elementales,

el no haber trabajado nunca y ser casi un extranjero en un país que lo adula como a una vampirera del cine.

Los grandes hombres no han sido creados por los pueblos; es inútil poner en duda sus decisiones colectivas. No es ésta la primera vez que uno de ellos proviene de los confines de la nación y casi de fuera. Pero es que hay entre los elegidos apreciables diferencias, e ignoramos si se deben someter éstas al juicio de las naciones. Bastó tal vez un poco de suerte para que Francia encontrara a Napoleón o fuese descubierta por él. Alemania ha caído bajo otro tipo de elegido. Es este gran hombre.

(De *Universidad Libre*. Bogotá).

## Con Luc Durtain al Pie del Acrópolis

Por JANINE BOUISSONOUSE

EN estos tiempos de travesías y viajes organizados, es cada vez más difícil ir a rezar una plegaria en el Acrópolis.

Una mañana en que, como tantas otras, se hacía cola frente a los Propíleos, había descendido yo hacia el Céramico por ese dédalo de callecillas que huelen a fritura, a cueros y a jazmín.

A la entrada de los Soukos, donde los asnos se enfilan con su cargamento de sandías y de uvas, haciendo sonar las piedras azules del collar que los protege contra el "mal de ojo", un turista aspira el viento; no un turista—pues éstos, siempre están de prisa—, un paseante, un vagabundo de los dos hemisferios, el mismo que después de enseñarnos Moscú, ha prometido revelarnos el encanto mediterráneo; Luc Durtain, en persona—robusto, amable, atento—, tratando allí, como en todas partes, de ver mejor lo que ya le hace sonreír. Todo parece admirarle y, finalmente, nada le sorprende. Lo encontraréis en el boulevard Barbés, cerca de su casa, o en el bullicio de Monastiraki, podríais jurar que ya esperaba encontraros al volver la esquina, y os halláis todavía balbucientes de estupefacción, cuando, encantado y tranquilo, os tiende la mano, diciéndoos sencillamente: "Buenos días". Acaba—me dice—de llegar esa mañana a Atenas, después de un magnífico viaje a través de la Europa Central, los Balkanes y la Macedonia, "que tiene por entero la apariencia de la estepa asiática".

"Desde nuestros primeros pasos en tierra griega estuvimos conquistados (este "estuvimos" comprende a su esposa y a su amigo Pierre Worms, que guía el coche). Hemos hecho la romería de Delfos, de Delos y de lesius; nos hemos inclinado en Epidauró ante la memoria de Esculapio. . . Lo que más me maravilla aquí, además de los grandes recuerdos, es la vida del pueblo, tan encan-

tadora, tan auténtica, y el movimiento y color de estos pueblos y caseríos. Se encuentra aquí uno súbitamente en una civilización anterior a la máquina".

Cuando pregunto a Luc Durtain si piensa escribir sobre Grecia, me contesta: "No precisamente. . . , pero Grecia me servirá de fondo para expresar ciertas ideas. . . "La Famme en Sandales" no fue más que un *debut*; continuaré en dirección del Mediterráneo". Al día siguiente de este encuentro, una conferencia que dió Luc Durtain en el pequeño teatro Alicia, atrájo, a las 5 de la tarde, a una muchedumbre impaciente de oírle hablar sobre algunos escritores franceses y curiosa desos "gestos maestros" que se proponía explicar. . .

Uno tras otro, evocados por Durtain, que supo esculpirlos magistralmente, fueron apareciendo en escena algunos de los más ilustres, entre los ilustres. Con sus manos rápidas, Durtain esculpe las facciones; de una mirada las termina, con una palabra las anima.

He aquí a Paul Valéry, y su mechón de pelo, "el matemático que, como Eupalinos, se construye construyendo"; después André Gide, "silueta compleja, sinuosa, contorneada que, habiendo nacido viejo, ha sabido llegar poco a poco al entusiasmo de la juventud"; después Claudel, "el de ancha espalda, mirada firme, y mano levantada en un impulso lírico"; después Duhamel, "su ancha frente inclinada y su sonrisa tímida"; Vildrac, "este colega que se pasea bajo el sol y el viento"; después Jules Romains, "auvernés de cara compacta, estratificado como roca". . . Todos, o casi todos, los que están en esta sala, han leído los libros que se esconden bajo tales nombres, y así, la complacencia no es tanto por oírlos elogiar, como por verlos tomar forma. Y cuando Luc Durtain se levanta entre los aplausos, el público se apresura hacia la salida para verlo pasar, para tratar de conocerlo, a él, tanto como a los otros, que bien se podría asimismo creer presentes.

En la conferencia que siguió a ésta, Durtain habló de su viaje, expresó la emoción que ha tenido al ver animarse tantos mármoles. Se evocó, en respuesta, su regreso a esa Francia que mantiene vivo un ideal de generosidad, de libertad y de justicia. Y se le rogó que llevara el homenaje de los intelectuales helénicos a los intelectuales franceses. Uno de aquéllos concluyó modestamente: "Díganles usted que no tienen más que discípulos en este país, donde en otra época estuvieron sus maestros".

(De *Les Nouvelles Littéraires*).

